

## SOBRE LA POÉTICA DE JORGE ARBELECHE -40 AÑOS DE POESÍA-

*Marisa Faggiani Domínguez.*

*En memoria de Antonio Faggiani, hermano.*

### I) “El mundo es fiesta” (J.A)

El poeta uruguayo Jorge Arbeleche, festejó el pasado 23 de octubre de 2008, de un modo algo particular sus cuarenta años de trayectoria: haciendo coincidir su onomástico, con la presentación de un libro que reúne prólogos por un lado, algunas entrevistas en el centro del volumen y finalmente algunas páginas críticas y ponencias vertidas en todos estos años a propósito de aquella labor. La convocatoria tuvo una respuesta tal de público, que colmó y aun superó la capacidad de la sala Varela de la Biblioteca Nacional, hecho grato que se aparta del cierto abandono con que por estos tiempos se responde a la poesía. Hubo varios presentadores que abordaron desde distintos ángulos los trabajos del libro y los textos de Arbeleche (los compiladores Adriana Mastalli y Heber Benítez, Ricardo Pallares, Alvaro Ojeda y Andrés Echevarría); hubo palabras y lecturas del autor, y una posterior musicalización de poemas a cargo de los artistas Raúl Montero, Vera Sienra y Daniel Petruccielli. En este orden también peculiar, ya que uno de los textos que leyó el autor, se lo dedicó a una sobrina pequeña para quien había sido compuesto. Ella lo recibió en uno de los primeros lugares con imperdible afección, desde unos ojos azules desbordantes quizá extrañados de cómo bailaban en aquel aire henchido los nombres de seres de su familia. Pero también el público algo heterogéneo se sumó a esta rara calidad del silencio.

Hubo aún un hecho más que fue inusual: la coincidencia de planos que suelen darse separadamente. Profundidad intelectual y emotividad, presencia y ausencia entretijadas de seres que en algunos casos fueron invocados, encuentro que buscaba en principio objetivar una trayectoria y que sin embargo supo dar lugar a lo íntimo y entrañable. Tal como si estuviera cumpliéndose aquello que Rafael Courtoisie apunta en uno de los trabajos seleccionados, otorgando a la crucial imagen de la casa en Arbeleche, la doble dimensión doméstica y universal, y pudieran - cada tanto- unificarse los irreconciliables y ser lo mismo lo propio y lo de

todos. “La metáfora regidora fundamental de la propuesta de Arbeleche –dice- es lo doméstico, pero lo doméstico extendido, lo doméstico como símbolo universal (...) Esta poesía ha sido erigida como una casa, es el dominio de su autor, al que son invitados los lectores”. [1]

Sin embargo, cuando por una vez la vida y la literatura discurrieron tan juntas, el tono fue el habitual del autor y una transida medida parecida a la dignidad lo envolvió todo, eso que en años tempranos hacía que Bordoli catalogara a esta poesía como “verdadera” por apartarse de toda exageración. Valdría también recordar el cierre de otro de los prólogos recopilados en el libro: “Pero ahora en su madurez –dice Graciela Mántaras- (...) ha aprendido a aceptar buenamente lo inevitable. Buenamente no significa resignación pasiva, significa bondad como ejercicio activo y bondad tanto de alma como moral. Por eso ahora sí puede recordar del mismo modo a los muertos queridos y del mismo modo bueno, aceptante y activo ponerse a la tarea de colaborar con la vida, la amistad, el amor, la poesía”. [2]

Solo cabría aclarar que si tales palabras fueron escritas en el otoño del 87, a propósito de una *Antología* del autor, puede perdonárenos el atrevimiento de modificar un giro de la última expresión que hoy debe leerse como “(seguir en) la tarea de colaborar con la vida, la amistad, el amor, la poesía”.

## II) “Comerán de mi gozo” (J.A)

Pero entonces, al hacer confluír de este modo significativo la celebración del trabajo y la vida, ¿podría interpretarse que aquel auditorio multitudinario se incluía deliberadamente en la categoría de la intimidad? ¿No advierte la paremiología popular que los verdaderos amigos no se cuentan sino con los dedos de una mano? Desafiante, quién sino el poeta –ese artesano tan proclive al ademán reconcentrado y al ejercicio narciso- se ha aventurado al gesto fraterno. Alguno llegando a dar su vida como testimonio, lo cual todavía produce profundo asombro en estudiantes de liceo que escuchan azorados la inaudita porfía: “y para el cruel que me arranca/ el corazón con que vivo/ cardo ni ortiga cultivo/ cultivo la rosa blanca”.

En nuestro país, quizá el ejemplo fragante sería Falco, pero pueden citarse versos de muchos lados que durante años han forjado la mejor red cultural de nuestro imaginario colectivo. Seguramente de ahí la cercanía que el canto popular tuvo y en ocasiones tiene todavía con nuestras letras, como justamente se vio en la presentación del libro al que nos referimos y que responde a una constante en las celebraciones de su autor.

Piénsese incluso en versos que despuntan en nuestros poetas de la línea pura o experimental, como podrían ser aquellos de Amanda Berenguer: “Amigos, bajo el aire hoy reunidos,/ bajo los fieles álamos planteados/ de mi casa, doblados por el viento,/ aquí sobre la hierba, todos vivos,/ ustedes los del mismo, intacto tiempo,/ ustedes los amigos, ríos juntos/ con el agua corriendo al lado mío,/ amigos respirando, transpirando,/ mirando la ascensión, la luz, hablando,/ ustedes los que están aquí en el día/ para abrimos la voz, la compañía.” [3]

Una característica de estilo de la poesía de Arbeleche, que ha sido destacada coincidentemente por la crítica, es su coloquialidad, que si por un lado es solo una aparente facilidad, con la que se entrelaza una red insondable de significados, en su intención profunda es “comunicabilidad” que busca al otro. “En estos tiempos de tantos experimentalismos poéticos o pseudo- poéticos, en los que toda inteligibilidad queda seriamente comprometida, o de prosaísmos que muchas veces no son más que una manera de no decir nada, manifestación – en otra de sus variantes – del vacío contemporáneo, de la novelaría a ultranza y el enervamiento del ser, la palabra poética de Jorge Arbeleche ha ido ahondándose en una persistente fidelidad al misterio de la vida (...)”, - dice Juan F. Costa en una presentación recogida por este libro. [4]

Precisamente otra coincidencia que muestra el libro sobre Arbeleche (y que el orden y selección de trabajos tienen la virtud de exponer en progresión cronológica y categorías: liminares, entrevistas y ensayos), es la intención de esta escritura de volverse una forma privilegiada del (re)encuentro en “ágape”. Poeta de amor, ha reflexionado Heber Benítez, sin soslayar una de las vertientes temáticas recurrentes de esta poética, pero redituándola en sus proyecciones amplias: “al considerar que Arbeleche es un poeta amatorio, quiero ir más allá de una noción restringida de *poesía de amor* - dice-. En realidad pienso –continúa- en una relación amorosa entendida en tanto comunión, religamiento con el mundo. O dicho en otros términos: el vínculo deseante de una poesía con los multipresentes seres y cosas que hacen a la abigarrada predicación de lo *querido*.”[5]

“Esta idea de fiesta – parece complementar Gerardo Ciancio en su prólogo a *El hilo de la lumbre* de 1998- como lugar de encuentro, como espacio de ensimismamiento compartido, como convivio íntimo, como manera de realizarse el amor (“Es su fiesta. Es su hora”) y, al mismo tiempo, como evento colectivo, en el que cada festejante es creación y es criatura, sostiene todo el arco poético generado por Arbeleche”. [6]

De ahí que otra constante que el conjunto crítico permite observar, es la construcción del yo como un imperativo vital, pero asociado a la forma de un nosotros. Lo observaba Graciela Mántaras, en el prólogo

que se citó al comienzo y lo llamaba “la doble comunión”. “Llegar a sí mismo es llegar a la propia casa, a nuestro lugar en el mundo –dice Mántaras- (...) Este llegar es descubrirse, pero también es inventarse, hacerse, porque no se llega a sí mismo más que por mediación del encuentro con el otro”. [7]

Quizá por eso, en la entrevista que este libro recoge y que en 1997 le realizara Álvaro Ojeda, Arbeleche se da el lujo de responder: “¿la felicidad?: si es que existe, y se parece a algo, se parece a la gente”, como ya se lo había dicho al mismo Borges en un poema de *El aire sosegado*. [8] Quizá por eso también, Arbeleche recuerda tantas veces aquellas palabras rectoras de Machado, “poesía: cosa cordial” y reivindica expresamente “el principio ético de la poesía” [9].

Baste redondear con lo que en un exquisito diálogo epistolar que sostuvieron Umberto Eco y el obispo jesuita de Milán, Carlo María Martini, dice el primero: “La dimensión ética comienza cuando entran en escena los demás (...) Pero no se trata de una vaga inclinación sentimental, sino de una condición básica. Como hasta las más laicas de entre las ciencias humanas nos enseñan, son los demás en su mirada, lo que nos define y nos conforma” [10]

### III) “Heraldo/ es de una cifra grabada sobre el aire”(J.A)

A propósito de aquel trabajo de Graciela Mántaras mencionado, cabría hacer una apreciación que nos desvía por un momento del poeta pero nos vuelve a su poética y al libro en cuestión. Aquel prólogo tiene el mérito, junto a otros trabajos que facilita este libro –pongamos como otros ejemplo los de Sylvia Lago, Juan F. Costa, el segundo de Martha Canfield, el de Luis Bravo- de brindar una visión envolvente de esta poesía. Otros trabajos a su vez, nos aproximan a enfoques particularizados e identificatorios de jalones de esa trayectoria. Algunos por haber surgido determinados por un tiempo particular o a propósito de libros que implicaron rumbos notorios. Nos referimos a textos como los de Juana de Ibarbourou o de Domingo Bordoli por ejemplo, de una lucidez impactante valorados desde hoy y nada menos que abocados a abrir caminos de interpretación y promoción de una voz que se iniciaba con *Sangre de la luz* (1968). *Los instantes* (1970, Madrid) y *La casa de la piedra negra* (primera versión en 1983) son otras colecciones que acapararon la atención pormenorizada de los críticos. Hay trabajos de una brevedad y justeza singulares como los de Rafael Courtoisie o el de Heber Benítez destinado a *El bosque de las cosas*. Además cotejo de ciertos títulos, establecimiento de etapas o temas estructurados, que abordan algunos trabajos sustanciales como el de Ricardo Pallares, Ge-

rardo Ciancio o el primero de Martha Canfield, entre otros. En realidad se destaca el nivel compacto y el mérito de ensamblar congruencia y variedad.

Refleja en su calado particular o totalizador, la misma brecha de esta trayectoria: algunos de sus libros han tenido la fuerza de lo nuevo, sea en lo temático o formal, mientras que otros la del acento continuado. Y en este sentido la crítica también ha mencionado el esfuerzo en la fidelidad y la permanencia, que incluso podría entenderse como secreto de lo que Benítez llama en las palabras liminares, un “horizonte (poético) destinado a la perduración” [11]. Varios críticos del libro enfatizan esta fidelidad a una tarea y sus acentos temáticos o modos, como una categoría de estilo. Quizá la casi veintena de obras editadas por el autor a lo largo de estos cuarenta años, son el llano y mudo testimonio de esto, y queda claro por las entrevistas o las obvias deducciones históricas, que no siempre fueron años de bonanza económicos o de recepción cordial.

A su vez, hay otro detalle de estilo que se vuelve sugerente. Inter-caladas incesantemente han aparecido las antologías u otras originales propuestas (la segunda versión de *La casa de la piedra negra* sumada a *El aire sosegado* del 89, por ejemplo), que no son sino producciones de cuidadosa selección y revisión. Nada extraño en un poeta que es también docente y crítico literario y en quien la lucidez de criterio ocupa un lugar tan protagónico como el estado de gracia. No parece insólito entonces que haya recopilaciones de este autor que se salgan de lo común. Piénsese en el orden de *Ágape* de 1993 o *El bosque de las cosas* de 2006, que modifica el modo cronológico típico de una selección y presenta cierta circularidad. Propuesta de lectura que es primero reescritura y autocrítica. Al respecto volvemos a G. Ciancio: “No obstante, el ejercicio de escritura que ha practicado Arbeleche durante años de creación, es además, un ejercicio de re-escritura, de revisión permanente, de ajuste, de saber que la palabra ofrece y oculta connotaciones, de tener plena conciencia que el ejercicio poetizador consiste precisamente en eso: la verbocreación” [12].

Esta misma forma lúcida de relectura permanente de su obra, era la que Arbeleche veía en Machado y así nos lo destacaba como fuerte de su poética, en algunas remotas y sin embargo presentes clases del IPA.

En la entrevista de Helena Corbellini que este libro acopia, el poeta lo dice con palabras simples y que se refieren a su doble calidad de creador y lector, por lo cual descontamos sirven para hablar del tipo de lector (“ideal” si usamos el criterio de Umberto Eco) que él mismo busca forjar. Refiriéndose a su pasaje por el IPA y al contacto con algunos grandes docentes advierte: “me dio una visión más organizada, empecé

a entender la literatura como una estructura espiritual”, para inmediatamente agregar que si bien la poesía es vida, “también es palabra organizada, estructurada, no un simple conjunto de palabras traduciendo sentimientos personales” [13].

Ahora bien, si con lo anteriormente expuesto se ha intentado explicar el porqué de ese clima especial que se percibió en la presentación del libro sobre la obra de Arbeleche, esto nos empuja a otra pregunta fundamental. ¿Cómo un poeta con un lugar indiscutible en ese público uruguayo algo renuente, decide celebrar su itinerario, con un libro de crítica y no de poesía? Un libro que él confió en su hechura final a los compiladores Benítez y Mastalli, con lo cual se podría decir que festejó esas cuatro décadas, más que alzando su voz, postergándola. ¿Pero entiende así este autor, esas dos formas de la voz, la de él y sus lectores especializados? Sin duda no. Por el lugar que reserva a los otros en su poesía y luego por el que él mismo ha ocupado al interpretar a otros poetas. Porque entre todos en definitiva, se conforma esa “estructura espiritual” y se alza “esa palabra organizada” que hoy citábamos y que al fin son una sola dimensión y la misma.

No, no nos extrañemos de que Arbeleche haya incluido en su doble celebración a todo aquel público al que siente como prójimo. Ni de que vea con buenos ojos o aun promueva este coro de intérpretes, menos aun cuando entre ellos se cuentan tantos creadores. Es una forma más de intertextualidad, aspecto realzado también coincidentemente por la crítica sobre Arbeleche, rasgo estético y de filosofía honda, por momentos tan fuerte, que ha llevado a Ciancio a hablarnos de la construcción de un “architexto”, “de un acto solidario y de fe intertextual”, o de una “mesa/ texto”, que quiere reunir a todos los que le dejaron una huella indeleble, sea en actos o letras y a cuantos siguen confluyendo allí.

Por eso, casi cerrando el discurso que Arbeleche pronunció en junio de 1997 al ingresar en la Academia Nacional de Letras Uruguaya, preguntándose por un mundo del futuro a la vez que confesando algunas de sus aspiraciones más entrañables, dejó clara su idea de creación como pluralidad: “Un verbo al fin que pueda ser conjugado por todos” [14].

#### **IV) “Y llegará la luz (...) entre las manos/ ha de poner los huevos/ victoriosa”(J.A)**

Vale la pena recordar que en cuanto a la progresiva conciencia que la poesía ha ido adquiriendo de sí misma en tanto avanza el tiempo, Raisa y Jacques Maritain muestran cómo se ha pasado por falsas dicotomías de hiperlucidez en poetas como Baudelaire o Rimbaud, pero que han debido pagar el precio de perder espontaneidad, o en autores

que han estado atentos a la sola “acción poética”, para llegar al fin, cada tanto, a aquellos que establecen sutiles equilibrios. Estos, escapan a la doble sentencia de Baudelaire: “Sería prodigioso que un crítico llegara a ser poeta, pero es imposible que un poeta contenga a un crítico” [15]

En definitiva, lo que define el campo de discusión, es la postura en la que se sitúan el poeta o el crítico o ambos en uno. Según Eliot, uno de los tantos poetas y ensayista a la vez, hay por lo menos cuatro tipos de críticos. En el último grupo están los que siendo poetas, luego son intérpretes. No juzgan, a veces más bien se confunden con los “críticos (o lectores) fervorosos” que Eliot sitúa en el segundo grupo para abogar por una obra (¿y qué ha hecho Arbeleche sino esto con la obra de Juana de Ibarbourou?)

Pero por ser ante todo poetas, es natural que pueda surgir en ellos la necesidad también de ser criticados, una vez más, o por muchas voces a la vez, como en el caso de Arbeleche y este libro.

La crítica no sirve para marcar tendencias o crear modas, según el mismo libro de Eliot [16]. En el caso de alguna poesía ya probada esto además no se necesita. Es allí cuando se confirma una vez más la necesidad del otro y de la vivificación de un diálogo constante que la poesía de Arbeleche promovió siempre. En el más mezquino de los supuestos, podrá decirse que la selección de trabajos que en este libro se presenta, parte de la recepción elogiosa al poeta. Sin embargo no olvidemos que toda crítica, está avalada por nombres e incluso equilibrada por silencios también significativos. Y que por lo demás, habilita un juego de espejos infinito. Los críticos reviendo al escritor, este y otros a ellos y así indefinidamente.

Este poeta parece entender mejor que nadie lo que Paul Ricoeur ha afirmado en su *Hermenéutica*: “el texto no está hecho, se hace entre el enunciado y el receptor”. O lo que con otras palabras el crítico Bazón Brock define como una mediación: “(esta) se convierte en elemento integrante de los propios medios de producción (...) de mediación del individuo con la sociedad, de la unidad de los muchos” [17]

En definitiva, también la humildad de las partes es aquí la última garantía. Como diría María Zambrano, no es lo mismo la poesía que la filosofía aunque sean vocaciones innatas del hombre tan cercanas. Solo la segunda aspira a dar “razones de sus razones” y ansía la máxima lucidez. “Mas el poeta ofrecerá en cambio su propio ser, soporte de lo que no permite ser dicho, de todo lo que se esconde en el silencio (...) El poeta aceptará y aun pretenderá otro género de responsabilidad que la que se ofrece desde la conciencia y la claridad de las razones; esa responsabilidad sugerida más que en la palabra en el gesto de la mano que indica una dirección” [18]

Entonces la poética y la lectura crítica de una creación, promovida desde el propio autor, se entienden desde las afirmaciones de Zambrano, como una forma intermedia entre la poesía en sí y la filosofía, una conciencia o explicitación de una *dirección*, que no solo se forjó con el testimonio de los años, sino que se pide que otros reconozcan, porque el poeta vuelve a contemplarse en ellos y a confirmar o revisar su territorio de acción.

Y a esto, cualquier poeta lo puede reconocer. Octavio Paz por ejemplo, desde su visión abarcadora, aun cuando ha visto incongruencias o ingratitudes fragrantas que lo llevan a vociferar contra cierto tipo de crítica en América: “sus elucubraciones no son menos abstrusas que las de los escolásticos medievales y los doctores bizantinos, aunque son menos rigurosas”, para terminar anunciando “la necesidad urgente de la crítica”, la que al fin es “una suerte de higiene social”, “la crítica es la palabra racional. Esa palabra es dual por naturaleza, ya que implica siempre a un oyente que es también un interlocutor” [19]

Por eso no es casual la concurrencia de términos entre Zambrano y Arbeleche al asignar *responsabilidad* al poeta, (y a la vez alejarse expresamente de la palabra *compromiso*) término aquel que en principio parece vinculado a la idea del deber claro, pero no de determinismos o intereses espurios. En definitiva, el interés que el poeta puede tener en la interpretación de su obra, es el mismo que esta última ha asignado al de la conciencia y la inteligencia mientras crea. El sentido de crear es un metatema permanente aquí, lo cual le da una fuerte modernidad.

Comentando una afirmación de Neruda sobre la esperanza que encarna el creador para muchos, dice Arbeleche: “Este pensamiento lo encuentro fundamental para cimentar una concepción acerca de la responsabilidad del poeta y la poesía. Ni uno ni otro pueden ser o creerse inocentes. El verdadero creador no puede ni debe caer en la tentación de la inocencia.”[20]

A este concepto de *responsabilidad* entendido como definición de un radio de acción y un sentido que están asociados a esa creciente conciencia (tan cercana al símbolo de la luz en esta poesía) y que se vuelve una constante en los últimos trabajos poéticos o ensayísticos de Arbeleche, él lo ha delimitado doblemente: sentido ético y sentido del misterio [21]. El primero es el impulso al otro y que se da en una doble dirección: el que se ha venido comentando y que implica la actitud gozosa de convocatoria o “ágape”, y el que tiene que ver con la expresión del dolor o la angustia común. Ambos se entienden sin contradicción alguna en la crítica augural de Juana de Ibarbourou: “es veinteañero, ama la claridad y vive en ella (...) pero también, poeta fuerte y de su época, con la conciencia despierta y vivamente vigilante, siente escalo-



friado que en todo minuto actual está rozando a la humanidad, el hocico de la guerra, bestia apocalíptica” [22]. Esto que el poeta ha llamado reiteradamente “la militancia de lo humano”, lo vuelve un escritor de situación y explica cómo viéndose en el gozo al mejor Arbeleche (Canfield) no deja de reconocérselo también en su época o en *la generación de la crisis*.

Y el segundo objetivo de esta responsabilidad –sentido del misterio– entronca también con aquello. Inicialmente, este impulso trascendente lleva al poeta del otro a lo Otro. De lo ontológico a lo metafísico.: “por eso la poesía, más allá del tema o los asuntos que aborde, tendrá un carácter religioso, porque una de las empresas a que se aboque será la de *religar* al hombre con el mundo (...)”,- dice. Pero siempre partiendo de este mundo, hasta llegar a lo que antes había llamado “la condición sagrada del hombre y de la vida”, apenas asequible y definida con la metáfora “el velo de los dioses”. [23]

Este sentido del misterio, es primero una actitud religiosa que viene en aptitud. Nace en el modo estoico – “guerrero”- de asumir el dolor y vivir con gratitud el gozo (este poeta no le teme a la palabra “maravilla” ni “milagro”). “Es un poeta cristiano, en el entendido de que cristiano es quien acepta la vida como un don a disfrutar por encima del sufrimiento” – dicen Alicia Cardozo y Bibiana Méndez [24]. Como aptitud, el poeta va llegando lentamente a lo que Luis Bravo ha llamado en su trabajo “la salvación por la palabra”, hasta adquirir casi una “supra- certeza”, una gracia que la palabra otorga y desemboca para Canfield en la visión [25].

#### V) “El aire se sostiene en dos pilares/ el árbol que se pudre y aquel que reverdece”(J.A)

Al fin la misión religiosa o ética son dos vías complementarias de trascender la soledad propia y común. De ahí que el don o el deber –como quiera vérselo- de *profeta* esté ligado doblemente a la trascendencia y a la contingencia histórica, como queda expuesto por Adriana Mastalli [26]

Pero como se ha visto, esto se logra y se reconoce paulatinamente. Porque esta poesía no solo habla del tiempo, sino que es ella tiempo y hace bien Benítez al decir a propósito de *El bosque de las cosas*, que más que un tema, el tiempo es “la condición de existencia de todos sus temas”[27]. Viendo y viviendo el tiempo, el poeta se hizo él tiempo.

Detuvo el instante y le cantó, una y mil veces, pero con una progresiva *responsabilidad*, para que el carácter gozoso de su poesía se alejara del gesto superficial. Y si en algunos libros ese tono exultante

es intenso, debemos ver tal como él lo ha dicho a la hora de resituarse la poesía de Juana de Ibarbourou, que el deleite puede ser una forma del imperativo latino “carpe diem” y estar asociado doblemente a la gratitud y lo irreparable. En este discurrir dramático se juega la vida del hombre y el oficio poético.

Precisamente es en el tema del tiempo en donde creemos que más honda y finamente ha calado la crítica sobre Arbeleche. Y si en algún momento esta se orientó cargando las tintas en ciertos aspectos y el poeta sintió que se lo constreñía a la consagración del “instante”, supo sin embargo irse enmendando y algún intérprete reorientó a los otros. No hay que olvidarse que también ella es parte de la producción final de la obra y cumple los mismos procesos de creciente conciencia y de ahí la importancia de recibirla hoy en su versión de cuerpo. Cuarenta años después, escúchese a Bordoli decir que “la tenuidad” o que “una aptitud vieja como el mundo, el hallar uno de estos instantes (...) es absolutamente todo en poesía “ ya que “lo verdadero es siempre viejo en poesía” [28]. Y luego escúchese el diálogo interno que se inicia: “aquella temprana afirmación de D.L.Bordoli (...) debiera releerse ahora (...) El eje de intensidad de su obra radica tanto en que todo instante deviene en plenitud que ya exhibe su dejar de ser, como en la plasmación de un haber sido que aún emana persistencias de presente” [29]. Pallares ha llegado a hablar de “la dimensión cruel del tiempo –transcurso y transcurrimos-, más allá de la gozosa plenitud del instante (...)”, para hablar en otra parte de su estudio, de “un ámbito trágico” en el que se llega a dar el canto del instante, “un anti-instante”, “la caducidad aludida es lo que la escritura consagra y paradójicamente inmoviliza a través del recuerdo o evocación” [30]

Esta complementariedad entre autores, es lo que da su carácter más vivo al libro sobre Arbeleche; muestra cómo cuando una poesía es verdadera lo viejo nunca es tal, cada idea halla cabida en función de la otra. La red de metáforas y símbolos, cada una imponiendo su contracara y quedando expuesta como un abanico amplio a partir de la suma de todos los trabajos, sería otro ejemplo. ¿Ya lo sabría el poeta que tanto confió a la capacidad de los compiladores? Seguramente, y a la propia acción del tiempo en la obra que se entiende como diálogo: “el tiempo es quien se encarga de poner las cosas en su lugar”, le dice Arbeleche en una entrevista a Andrés Echevarría, refiriéndose a los traspiés que se cometieron en nuestro país con Juana de Ibarbourou [31].

## VI) “Correntada de signos y sonido desemboque/ en el delta final de las preguntas” (J.A)

“¿Qué pasará con la poesía y los poetas en el próximo milenio? (...) ¿Será posible hacer al Hombre más humano y hallar un verbo único que abarque el amor personal y colectivo, la justicia y la solidaridad junto a la memoria, custodia minuciosa de los tiempos? “- se preguntaba el poeta al incorporarse a la Academia (32). Pero, nunca hay que creer que hablando de poesía exista una pregunta sin su respuesta.

“Como si aquel guante hubiera sido hecho para aquella mano”, termina una historia de amor de Machado de Assís que comenzaba con aquel objeto cayendo como para nadie. Aunque se violenten las reglas del tiempo y el espacio y “el aire se (haga)/ -por esta vez-/ cóncavo y convexo”. Incluso aunque ya no se sepa si está primero la pregunta o su respuesta: “Se oye/ el furor alazán de tu galope: / otra vez se echa a andar/ el engranaje de tus consonantes”, le dice Arbeleche a Juana. “¿Cómo serán después, este (el siglo) y la poesía a veces tan ceñuda de Arbeleche?”, se preguntaba ella hace apenas cuarenta años.

### NOTAS

1- Rafael Courtoisie: en *La poética de Jorge Arbeleche -40 años de poesía: 1968-2008-*, Montevideo, Ed. de Hermes criollo/ Ed. Botella al mar, 2008, p.103.

2- Graciela Mántaras Loedel, en Idem nota 1, p. 27.

3- Amanda Berenguer: “Viaje” en *Poesías 1949-1979*, Bs. As., Calicanto, 1980, p. 57.

4- Juan Francisco Costa, en Idem nota 1, p. 122-123.

5- Heber Benítez, en Idem nota 1, p. 58.

6- Gerardo Ciancio, en Idem nota 1, p. 57.

7- G.M.L. en Idem nota 1, p.26.

8- Entrevista de Alvaro Ojeda al poeta, en Idem nota 1, p. 70.

9- Arbeleche Jorge, *Responsabilidad de la poesía*, Montevideo, Ed. Rosgal, 1997, p. 7.

10- Umberto Eco – Carlo María Martini (arzobispo de Milán), *¿En qué creen los que no creen? (un diálogo sobre la ética en el fin del milenio)*, Bs. As., Ed. Planeta, 2002, p.89.

11- H.B., en Idem nota 1, p. 7.

12- G.C., en Idem nota 1, p. 47.

13- Entrevista de Helena Corbellini al poeta, en Idem nota 1, p. 63.

14- A.J., *El velo de los dioses*, Bs. As., Libros de Tierra Firme, 2001, p.25.

- 15- Raisa y Jacques Maritain, *Situación de la poesía*, Bs. As., Club de lectores, 1978, p.102.
- 16- T.S.Eliot, *Criticar al crítico*, Madrid, Alianza Editorial, 1967, cap. I.
- 17- Bazon Broca en “Nacido para criminal – Designado como juez: aportación al fracaso de la crítica especializada” en *Crítica de la crítica* – Peter Hamm: compilador-, Barcelona, Barral editores, 1971, pp. 154-155.
- 18- María Zambrano, *El hombre y lo divino*, Madrid, Ed. Siruela, 1992, p. 68.
- 19- Octavio Paz, *In/mediaciones*, Barcelona, Seix Barral, 1979, p. 50.
- 20- Idem nota 9, p. 8.
- 21- Idem nota 14, p. 18.
- 22- Juana de Ibarbourou, en Idem nota 1, p. 87.
- 23- Idem nota 14, p. 18.
- 24- Alicia Cardozo y Bibiana Méndez, en Idem nota 1, p. 143.
- 25- Luis Bravo/ Martha Canfield, en Idem nota 1, pp. 149/ 52.
- 26- Adriana Mastalli, en Idem nota 1, p. 109.
- 27- H.B., en Idem nota 1, p. 56.
- 28- Domingo L. Bordoli, en Idem nota 1, p. 12.
- 29- H.B., en Idem nota 1, p. 57.
- 30- Ricardo Pallares, en Idem nota 1, p. 88-89.
- 31- Entrevista de Andrés Echevarría al poeta, en Idem nota 1, p. 76.
- 32- Idem nota 14, p. 25.